

RABINDRANATH TAGORE

LA COSECHA

(PRIMA)



EDITORIAL LOSADA, S. A.  
GRANADA 1922

# Annotation

Colección de poemas de Tagore.

---

- [LA COSECHA](#)
- [RABINDRANATH TAGORE - LA COSECHA](#)
  - 
  - [1.](#)
  - [2.](#)
  - [3.](#)
  - [4.](#)
  - [5.](#)
  - [6.](#)
  - [7.](#)

- 8.
- 9.
- 10.
- 11.
- 12.
- 13.
- 14.
- 15.
- 16.
- 17.
- 18.
- 19.
- 20.
- 21.
- 22.
- 23.
- 24.
- 25.

- [26.](#)
- [27.](#)
- [28.](#)
- [29.](#)
- [30.](#)
- [31.](#)
- [32.](#)
- [33.](#)
- [34.](#)
- [35.](#)
- [36.](#)
- [37.](#)
- [38.](#)
- [39.](#)
- [40.](#)
- [41.](#)
- [42.](#)
- [43.](#)

- [44.](#)
- [45.](#)
- [46.](#)
- [47.](#)
- [48.](#)
- [49.](#)
- [50.](#)
- [51.](#)
- [52.](#)
- [53.](#)
- [54.](#)
- [55.](#)
- [56.](#)
- [58.](#)
- [59.](#)
- [60.](#)
- [62.](#)
- [63.](#)

- [64.](#)
- [65.](#)
- [66.](#)
- [67.](#)
- [68.](#)
- [69.](#)
- [70.](#)
- [71.](#)
- [72.](#)
- [73.](#)
- [74.](#)
- [75.](#)
- [76.](#)
- [77.](#)
- [78.](#)
- [79.](#)
- [80.](#)
- [81.](#)

- 82
  - 83.
  - LOS MARINEROS
  - 84.
  - EL CANTO DE LOS  
VENCIDOS
  - 85.
  - ACCION DE GRACIAS
  - 86.
  - FIN
-

# LA COSECHA

Autor: Tagore, Rabindranath

ISBN: 9788437901381

Generado con: QualityEbook v0.35



**RABINDRANATH  
TAGORE - LA  
COSECHA**

# 1.

Dime que si...

Entonces, en canastos desbordantes, recogeré todos mis frutos -los que pasan de maduros y los que están verdes aún-, para volcarlos en tu morada. Porque la estación ya está muy avanzada y el pastor, en la sombra, deja escuchar el lamento de su flauta.

El inquieto viento de marzo encrespa las aguas que hasta ayer estuvieron tranquilas. La huerta ha dado todos sus frutos. Y en la placidez del crepúsculo, desde tu morada al otro lado del río, por el lado del poniente, llega hasta mí tu voz.

Dime que sí...

Y, entregando mi vela a la caricia  
del viento, cruzaré el río.

Era yo joven y mi vida cual una flor... una flor a la cual no le importaba nada perder una hojita de su tesoro cuando la brisa de la primavera imploraba ante su puerta.

Ahora, cuando se extingue mi juventud, mi vida es como fruto al cual nada le sobra y que, empero, quisiera darse todo de una vez con su entera dulzura.

¿Por ventura, la fiesta del estío no es también para las hojas secas y las flores mustias?... ¿Acaso es sólo para las flores frescas? ¿El canto del mar se ha hecho sólo para las olas que se agitan y levantan? ¿No lo es, también, para las que caen y las que yacen serenas?

Mi rey pisa una alfombra tejida con joyas. Pero también el suelo humilde espera paciente el regalo de sus pisadas.

Contado es el séquito de sabios y de grandes que rodea a mi Señor; mas El sólo ha acudido en busca del pobre de espíritu, lo ha tomado entre sus brazos y lo ha convertido para siempre en su

esclavo.

Al despertar, esta mañana, he encontrado su carta. Ignoro lo que dice, porque no sé leer. Y no molestaré al sabio, apartándole de la compañía de sus libros, porque es posible que tampoco él consiga entender lo que su carta dice.

Déjame que la estreche contra mi pecho y que la lleve a mi frente. Una vez que llegue la noche, cuando en silencio vayan apareciendo, una a una, las estrellas, la abriré, desplegándola sobre mis faldas. Y las hojas me confiarán su secreto, y el arroyo me cantará su contenido, y desde el cielo me lo

repetirán las siete estrellas.

¡No encuentro lo que con ansias busco! ¡No comprendo lo que quisiera! Mas esta carta que tengo aquí, sin leer, ha aliviado mi carga y ha trocado en canciones mis pensamientos.



Un poco de polvo bastaba para ocultar tu huella cuando yo ignoraba su sentido. Ahora que te conozco, leo todo cuanto antes me ocultaba.

Está pintada con hojas de flores; las espumas del mar préstanle brillo; los montes la repiten en sus cumbres.

Como no te miraba, como no te conocía, las letras aparecían al revés y no me confiaban su secreto.

Me pierdo por los caminos. En las aguas sin límite y en el azul del cielo, me ocultan la senda las alas de los pájaros, los rayos de las estrellas, las flores viajeras.

Corazón... ¿Acaso, sólo tu sangre es la que sabe del camino invisible?

Mi hogar, para mí, ya no lo es. ¡No puedo más! ¡Me marchó! El eterno Desconocido me llama desde el camino.

¡Duéleme su pisada, resonando en mi pecho!... Y el viento se levanta y comienza a lamentarse el mar.

¡Queden atrás mis dudas, mis preocupaciones e inquietudes! ¡Me marchó! Sigo la marea sin hogar. Porque el Desconocido me llama y ya ha echado a andar por el camino.

Apréstate a partir, corazón, pues tu nombre ha sido pronunciado con el alba  
Que los otros, si quieren, se queden, ¡Tú no aguardes a nadie!

Si el capullo necesita de la noche.  
Y, del rocío, la flor abierta clama por la luz.,... ¡Libertad! ¡Revienta tu pecho, corazón! ¡Busca la luz!

Igual que un gusano era yo cuando la molicie me tenía entre sus tesoros; era yo como el gusano que, en la sombra, se alimenta del fruto de donde nació.

¡No! ¡Basta de cárcel! ¡No quiero revolverme más en la podredumbre de mi quietud! ¡Fuera todo cuanto no es mío, mi propia vida! ¡Quiero ser leve coma mi risa y correr en pos de la eterna juventud!

Así, días y días, voy corriendo, y mi Corazón retoza cantando y bailando.

Cogiéndome de la mano, contigo me arrastraste, sentándome en el trono a la vista de los hombres. Me hice tímido, incapaz, inútil para la acción y para emprender el camino. De todo dudaba y, a cada paso, recelaba de mí mismo, temeroso de pisar una espina y perder el favor humano.

Mas volteó la piedra, estalló el insulto y mi silla rodó, humillada, por el suelo. ¡Estuve libre, al fin! Abriéronseme los caminos y mis alas, ebrias de libertad, desplegaronse en el cielo. Me marché con las estrellas errantes a hundirme en la profundidad de

la noche. Fui como la nube del verano en pleno huracán, que se despoja de su áurea corona y ciñe el rayo, cual una espada, en la cadena de relámpagos. ¡Con cuánta alegría corro por el polvoriento camino de los desdeñados en pos de mi anhelado fin!

El niño recién conoce a su madre cuando sale de su vientre. Ahora que estoy lejos de ti, arrojado de tu morada, ¡cómo veo de bien tu rostro!

Esta cadena, en lugar de engalanarme, no es sino una burla para mí. Me lastima el cuello y, si quiero quitarme la, me ahorca. ¡Se agarra a mi garganta y estrangula mi corazón!

¡Qué libre quedaría, Señor, si pudiera depositarla en tus manos! ¡Arráncamela! Y, en su lugar, ponme una guirnalda florida. Que me avergüenza llegar hasta ti con el cuello enjoyado.



Cristalino y ágil corre el Jumna en la hondonada. En lo alto, las ceñudas barrancas. Y, todo en torno, el oscuro verdor de los montes, agrupándose, separados sólo por el tajo de los torrentes.

El venerable maestro Govida, sentado en una roca, leía las sagradas escrituras cuando hasta él Regó, orgullo y engreído por sus riquezas, el discípulo Daghunath e, inclinándose, le dijo: "Te traigo este mísero regalo, indigno de tu fama". Y le presentó un par de brazaletes de oro y piedras preciosas.

El maestro tomó uno, haciéndolo

girar en uno de sus dedos, y las piedras produjeron un luminoso chisporroteo. Mas de pronto, escapándosele, el brazalete cayó y, saltando de piedra en piedra, cayó al Jumna.

Daghunath lanzó un grito y se arrojé al río. El maestro volvió a su libro. Y las aguas, prosiguiendo su curso, no devolvieron el tesoro que habían arrebatado.

Cuando, fatigado y chorreando agua, regresó el discípulo cabe su maestro, ya declinaba el día. Anhelante, le suplicó: "Dime dónde cayó y quizá, pueda encontrar aún el brazalete".

Pero Govida tomó el brazalete que le quedaba y, arrojándolo, sólo dijo: «"¡Allí!"»

Moverse equivale a encontrarse a cada paso. Es como cantar al compás de los pies. Hermano caminante, aquel que rozó tu aliento no se contenta caminando por la ribera sino que ha desplegado, intrépido-, las velas al viento y cabalga ya sobre las crestas de las turbulentas olas.

Aquel que abre de par en par sus puertas, recibe al salir tu saludo. Y no se detiene a contar sus ganancias, ni a lamentar su miseria; sino que escucha el redoblar del latido de su corazón; puesto que, marchando, siempre va contigo, Hermano Caminante...

Me prometiste que de tus manos recibiría mi parte de felicidad en este mundo. Brilla por eso tu luz en mis lágrimas. Por eso temo ir en compañía de los otros, no sea que pase por el rincón donde me aguardas, para guiarme, y no te vea.

Recorro el camino de un extremo a otro, hasta que mi loco anhelo me conduce hasta tu puerta; y es que me prometiste que de tus manos recibiría la parte de felicidad que en este mundo me corresponde.

¡Sencilla es la palabra, Maestro! No así la de aquellos que de ti hablan. ¡Con cuánta claridad percibo la voz de tus estrellas y cómo me conmueve el silencio de tus árboles! Mi corazón quisiera abrirse como una flor y mi vida se ha colmado en una escondida fuente.

Como pájaros procedentes de un nevado y apartado país, hasta mí vienen volando tus canciones para anidar en mi corazón. ¡Cuán feliz me siento aguardando los cálidos días de abril y la alegre estación!

Conocían el camino y, acudiendo en busca de ti, tomaron por el sendero estrecho. Yo, que lo ignoraba, me aparté de él y eché a vagar en medio de la noche.

Sin saber cómo, me encontré, desprevenido, en el portal de tu morada. Aparecieron los sabios y, riñéndome por no haber seguido el estrecho sendero, me arrojaron.

Yo me marchaba ya con mis dudas, cuando tú, apareciendo, me retuviste con firmeza. Pero, desde entonces, la disputa entre los sabios es cada vez más agria.

Con mi lámpara de barro, salí de mi morada y grité: "¡Venid conmigo, hijos míos, que yo alumbraré vuestro camino!"

Todavía no había amanecido y yo, por el silencioso camino, regresé clamando: "¡Fuego, alumbrame, que mi lámpara cayó y se hizo añicos!"

No, no sabes abrir los capullos para convertirlos en flores. Los sacudes, los golpeas, los lastimas. No posees el don de hacerlos florecer. Tus manos los mancillan; les rompen las tiernas hojas; los convierten en polvo... Y no logran de ellos color alguno, ni extraen ningún aroma.

No... ¡Tú no sabes abrir el capullo ni convertirlo en flor!...

Aquel que tiene la virtud de abrir los capullos, ¡lo hace con tanta sencillez! Nada más que con mirarlos logra que la savia de la vida circule por las hojas. Su aliento los roza y la flor,



desplegando sus alas, revolotea en el aire. Y, cual ansias del corazón, colorados, brotan los capullos, y su perfume delata su dulce secreto.

¡Ah! ¡Aquel que tiene la virtud de abrir los capullos lo hace con tanta sencillez!

El jardinero salvó del estanque el último loto que restaba del desastre del invierno y, por si el rey quería comprarlo, acudió a la puerta del palacio.

En el camino encontróse con un viajero que le dijo: " ¿Cuánto pides por tu último loto? pues quisiera ofrendarlo a Buda, Nuestro Señora".

Sudas, el jardinero, le replicó: lo daré por una masha de oro". Y el viajero se la prometió.

El rey, en aquel instante, salía del palacio para adorar a Buda, Nuestro Señor, y pensó: ¡Cuán hermoso sería

depositar a sus pies este último loto!

Queriendo comprar la flor se dirigió a Sudas, y, como el jardinero le dijera que ya la tenía comprometida por una masha de oro, él le ofreció diez. Pero, el caminante dobló, entonces, su promesa.

Codicioso, Sudas, pensó que aquel para quien querían el loto, el viajero y el rey, le daría más por la flor; de manera que, inclinándose, le dijo: "No puedo vender la flor".

Sudas, en la penumbra del bosque, estaba de pie ante la estatua de Buda, Nuestro Señor, cuyos labios son el templo silencioso del amor y de cuyas pupilas salen destellos de paz que son como el destello de la estrella matutina

en el otoño.

Luego de colocar el loto a los pies de Buda, Nuestro Señor, Sudas humilló su frente hasta hundirla en el polvo.

Buda sonrió, y le preguntó: " ¿Qué quieres por tu loto, hijo mío?", contestó Sudas: "Sólo la caricia más leve de tus pies"

¡Noche! ¡Noche tenebrosa!  
¡Conviérteme en tu poeta! Permíteme  
entonar las canciones de aquellos que,  
durante siglos, reposaron en el silencio  
de tu sombra. Permíteme subir a tu  
carroza sin ruedas para vagar silencioso  
de un mundo a otro mundo... ¡Noche!  
¡Reina en la morada del tiempo, tan  
divina en tu oscuridad!

Afanoso y mudo he penetrado en tú  
morada y vagado por las estancias, sin  
lámpara, interrogándote. ¿Cuántos  
corazones, que la mano del desconocido  
armó con la flecha de la alegría, han  
prorrumpido en cánticos sacudiendo tu

sombra hasta los cimientos?...

¡Noche! ¡Conviérteme, noche, en el poeta de las almas vigilantes que, a la luz de las estrellas, contemplan el tesoro que, inesperadamente hallaron! ¡Que sea yo, noche tenebrosa, el poeta de tu silencio insondable!

Por más que el polvo de los días trastorne mi camino, he de encontrar mi vida interior, con esa alegría que se oculta dentro de ella misma. Alguna vez he columbrado sus destellos; algo de su aliento, por un Instante, ha dado fragancia a mis pensamientos.

Encontraré esa alegría que me oculta el velo de la luz. ¡Y he de erguirme también en la soledad inmensa donde las cosas todas se ven con los ojos del Creador!

La excesiva luz ha fatigado a esta mañana de otoño. Si ya no quieres tañer tu flauta, déjame, para que con ella juegue a mi antojo. La abandonaré sobre mis rodillas, la rozaré con mis labias, la abandonaré entre las yerbas...

Después, en la imponente serenidad nocturna, he de recoger flores para ella. La engalanaré con guirnaldas, la colmaré con mi lámpara. Y luego volveré hacia ti para devolvértela.

Entonces, cuando la luna nueva vague solitaria entre las estrellas, tú tocarás melodías de medianoche.



Flota sobre las olas, entre el rumor, de las aguas y del viento, el pensamiento del poeta.

El sol se ha puesto... El cielo ensombrecido se vuelca sobre el mar como las pestañas de un párpado cansado. Es el instante para despojar de su pluma al poeta, para que sus pensamientos se hundan en el abismo insondable y alcancen el eterno secreto del silencio.

Negra está la noche. Tu sueño se confunde con el silencio de mi vida... ¡Despierta, oh dolor de amar! Estoy fuera, aguardando, y no sé abrir tu puerta.

Las horas aguardan; acechan las estrellas; ha callado el viento. El silencio, plúmbeo, abrumba mi corazón. ¡Ay, amor!

Despierta, calma mi vacío cáliz y acaricia la noche con el suave soplo de tu canción.

Ya ha empezado a cantar el pájaro matutino. ¿Quién le habrá traído noticias del día antes de rayar el alba, cuando todavía las garras del dragón de la noche tienen cogido al cielo?

Di, pajarillo de la mañana, ¿cómo encontró tu sendero, a través de la noche del cielo y de las hojas, el mensajero que llegó de Oriente?... Nadie quería creerte cuando anunciaste: "¡Se marchó la, noche! ¡Ya llega el sol!"

¡Despierta, dormido amigo!  
Presenta tu frente al beso bendito de la luz del alba... embriagado de fe, con el pajarillo de la mañana.

Hacia el cielo sin estrellas elevé, implorante, mis resecaas manos, y con famélica voz grité al oído de la noche. Mi imploración era para la sombra ciega, cual un dios vencido; yacía bajo el cielo despejado de las ilusiones perdidas. El lamento del deseo volaba en torno del abismo de la desesperanza cual pájaro junto al vacío nido.

Mas, al anclar la mañana en la ribera oriental, ¡mísero de mí!, di un salto y, exclamé: "¡Dichoso yo, que la noche traicionera me negó su cofre de pecados!".

Y exclamé: "¡Luz! ¡Vida! ¡Vosotras

sí que sois preciosas, como preciosa es la dicha del que al fin os conoció"!

Satanás, sentado junto al Ganges, desgranaba su rosario cuando se le aproximó un astroso Bramín, suplicándole "¡Una caridad para este pobrecito!".

"He dado cuanto tenía -le repuso Satanás-: Lo único que me queda es mi platillo".

"Siva, Nuestro Señor, me visitó en sueños, diciéndome que viniera", insistió el Bramín.

Satanás, entonces, recordó que entre los guijarros de la ribera había ocultado una piedra preciosa.

De manera que le dijo al

pordiosero dónde estaba y éste no tardó en hallarla, sentándose luego en el suelo y entregándose a la meditación, hasta que el sol se ocultó bajo los árboles y los pastores retornaron a los hogares con sus ganados.

Entonces se levantó y aproximándose con cautela a Satanás, le dijo: "Maestro... lo que quiero es un pedacito de esa riqueza que nos hace desdeñar todos los bienes del mundo...".

Y arrojó la piedra preciosa al río.

Un día y otro día tendí hasta tus puertas mis manos, implorando, implorando. Tú me diste y me diste, a veces poco, otras veces mucho. Yo recibía a mi antojo. Algunas cosas me pesaban mucho; otras las rompía cuando me cansaba; otras las dejé para jugar... El montón de cosas olvidadas y desdeñadas tornóse tan grande que llegó a ocultarte. Y mi corazón, fatigado de esperar y esperar, cayó rendido.

Ahora soy yo el que te digo:  
"¡Toma!

¡Destroza cuanto hay aquí, en este platillo de limosnas! ¡Extingue la



lámpara de tu importuno guardián! ¡Y,  
tomándome por las manos, levántame  
por encima del cúmulo de tus limosnas  
hasta la infinita desnudez de tu solitaria  
presencia!

Ya estoy entre los vencidos.

Bien sé que ya no ganaré, que no puedo ganar la partida. Aunque sólo sea para irme al fondo, me arrojaré a la charca. ¡Jugaré la partida de mi propia ruina!

Apartaré cuanto poseo; y, cuando ya nada me quede, me pondré yo mismo. Y entonces, definitivamente arruinado, irremisiblemente vencido, ¡habré ganado!

Alegre fue como ninguna otra la sonrisa de mi corazón cuando, harapiento, lo arrojaste a mendigar al camino.

De puerta en puerta fue mi corazón, y cada vez que su platillo estuvo colmado, lo robaron.

Al declinar el día, fatigado, llegó mi corazón al portal de tu palacio y, como en otras partes, presentó implorante su platillo.

Y tú, saliendo, le tendiste la mano y arrastrándolo hacia adentro, lo sentaste a tu vera en el trono.

Cuando el hambre dominaba a Shravasti, Buda, Nuestro Señor, preguntóles a los que le seguían: "¿Quién de vosotros sería capaz de dar de comer a los hambrientos?".

El acaudalado Ratnakar, humillando la frente, dijo: "¿Alcanzarían mis riquezas para alimentar a tanta gente?"

El jefe de los ejércitos del rey, Jaysen, alegó: "Yo lo único que puedo darles es la sanee de mis venas. Otro bien no poseo".

"El demonio ha resecaado mis tierras... ignoro aún con qué pagaré mis

tributos al rey", dijo el que era propietario de tierras inconmensurables.

Fue entonces cuando, levantándose y, luego de saludar a todos, Supriya, la hija del mendigo, dijo resuelta: "Yo me encargaré de alimentar a los hambrientos".

"¿Estás loca?", exclamaron todos asombrados.

Pero ella dijo:

"Como soy la más pobre de todos, soy también la más poderosa... Mi arca y mi pan están en vuestras casas".

Como no conocía aún a mi rey, atrevido, creí que podría esconderme y no pagar mi tributo.

Luego de mi diaria labor y tras el sueño de cada noche, huía y huía. Mas, en cuanto me detenía para tomar aliento, veía su mano amenazadora. Así llegué a comprender que él me conocía y que no había en el mundo un rincón donde pudiera ocultarme.

Ahora, en cambio, no anhele sino depositar a sus pies cuanto poseo y conquistar mi derecho a disfrutar de paz en un lugar de su reino.

Te entregué mis cenizas, mis deseos, mis sueños, mis ilusiones, mis coloradas fantasías para forjar, con mi vida toda, tu imagen y lograr que los hombres la adoraran.

Luego, al pedirte que, en mi vida, forjaras la imagen de tu corazón, para que tú lo amaras, me entregaste tu fuego y tu hierro, tu talento y tu verdad, tu paz y tu belleza.

El siervo, dijo al rey: "Mi señor, Narottam, el santo, jamás se digna visitar tu templo. En cambio, si salieras al camino lo verías colmado de gente, cual enjambre de abejas en torno del blanco loto, deseosa de escuchar las alabanzas que a Dios entona. ¡Por eso, mi rey, tu templo se encuentra vacío y sin servidores el áureo recipiente de la miel!".

Mortificado y herido en su corazón, el rey salió al camino donde Narottam oraba sentado en la yerba, y le dijo: 'Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del camino y no acudes a mi templo para



predicar el amor a Dios bajo su cúpula de oro?".

Narottam, dijo: "Dios no está en tu templo".

Ceñudo, el rey replicó: " ¿Acaso ignoras que en su construcción gasté veinte millones y que su consagración se realizó con las más magníficas ceremonias?".

" Lo sé", replicó Narottam. "Recuerdo que fue aquel año trágico en que el fuego destruyó tu ciudad y millares de desamparados acudieron a tu palacio en demanda de ayuda. Y, como nada recibieron de tus manos, también recuerdo que Dios les ha dicho: "¡Mil veces miserable aquel que no queriendo levantar la casa de sus hermanos

pretende erigir la mía!". "Por eso Dios se marchó con los desamparados y prefirió el techo que le brindaban las copas de los árboles. De manera que esa pompa que tú mencionas no tiene más que el vaho cálido de tu orgullo", concluyó Narottam.

El rey se indignó, gritándole: "¡Márchate de mi reino!".

Pero, el santo, sereno, le repuso: "Lo sé... Me arrojas adonde desterraste a mi Dios".

¡Aciago día! El clarín yace en el polvo. Fatigado está el viento. ¡Muerta la luz!

¡Acudid, guerreros, con vuestros estandartes! ¡Entonad, cantores, el himno marcial! ¡Allegaos, peregrinos, desde todos los caminos! ¡Apresurad la marcha! Que el clarín aguardándoos yace en el polvo.

Iba yo, camino del templo, con mis ofrendas, en procura de descanso, luego de la sucia jornada. Deseaba restañar la sangre de mis heridas y borrar las manchas de mis ropas. ¡Cuando vi el clarín, que yacía en el polvo!

¿Acaso no era ya hora de que encendiera la lámpara de mi tienda?

¿Por ventura no había ya arrullado la noche a las estrellas? ¡Rosa, rosa roja como la sangre! Las amapolas de mi sueño palidieron y se marchitaron. Creía que mis andanzas habían terminado y que, por fin, tenía todas mis deudas saldadas. ¡Cuando vi el clarín, qué yacía en el polvo!

¡Vida! ¡Golpea otra vez mi corazón adormecido de tu juventud! ¡Que mi regocijo se reanime en tu inextinguible fuego! ¡Rayos de la aurora, remontaos sobre el corazón de la noche! ¡Conmover de espanto al paralítico, arrebatad al ciego!

¡Estoy aquí para recoger del polvo

tu clarín!

¡Apártese de mí el sueño! ¡Quiero desafiar el diluvio de flechas!... Me seguirán aquellos que abandonen presurosos sus hogares. Otros llorarán. Y estarán los que, impotentes, se retuercen en sus lechos, entre pesadillas y terribles lamentaciones.

¡Es que esta noche sonará tu clarín!

Si imploré reposo sólo fue para vergüenza mía. ¡Aquí me tienes! ¡Ayúdame a cubrirme con mis armaduras, para que los rudos golpes del mal saquen chispas de mi vida! ¡Y que en mi corazón redoble el tambor de la victoria!

Libres están mis manos. ¡Puedo, con, ellas, recoger el clarín!

En medio de su regocijo, manchaban de lodo tu túnica. Y, padeciendo mi corazón al verlo, exclamé: "¡Castígalos! ¡Hermoso mío! ¡Empuña tu vara justiciera!

La luz purísima de la mañana hizo parpadear sus ojos enrojecidos por la orgía de aquella noche. El blanco lirio exhaló su febril aliento. Las postreras estrellas atisbaron, desde lo más profundo de la sagrada oscuridad, la algarabía de los que mancillaron tu túnica con el lodo de su locura. ¡Hermoso mío!

## I

Al pie de las murallas de Mathura, Upagupta, el discípulo de Buda, echado en el suelo, dormía profundamente. Ya estaban extinguidas todas las lámparas y cerradas todas las puertas de los hogares. Y el sucio cielo de agosto ocultaba el fulgor de todas las estrellas.

De repente, Upagupta sintió sobre su pecho unos pies que, ágiles, hacían repicar sus ajorcas. Asustado, se incorporó, y a la luz de una lámpara contempló los ojos de una mujer que

perdonaban.

Era la bailarina, constelada de joyas, envuelta como por una nube, por su manto azul pálido y ebria de juventud.

Hizo descender la lámpara y entonces contempló el rostro mozo de Upagupta y su austera belleza. Por lo que le dijo: 'Perdóname si te he despertado, hermoso. ¡Vamos! ¡Vente conmigo! Acompáñame a mi casa, que la tierra sucia no debe ser lecho para ti".

Upagupta le repuso: "Sigue tu camino, mujer; que ya acudiré a ti cuando sea tiempo"

En eso, el lobo de la noche enseñó sus dientes entre el fulgor de un relámpago. El trueno, desde un rincón del cielo, dejó escuchar su gruñido. Y la



mujer, espantada, comenzó a temblar.

## II

Tantas eran las flores que, agobiados, quebrábanse los árboles del camino. Alegres flautas llegaban desde lejos, traídas por el cálido soplo primaveral. Era la fiesta de las flores. Y el pueblo íntegro habíase volcado en los campos. Desde lo alto del cielo la luna llena contemplaba las sombras del pueblo silencioso.

Upagupta marchaba por la solitaria calleja. En las ramas del mango, sobre su cabeza, los encelados cucos repetían su desesperada súplica. Transpuso las puertas de la ciudad. Llegó junto al

torreón y se detuvo. Una mujer al pie del muro, perdíase en su sombra. Su cuerpo estaba llagado por la peste negra, y era evidente que la habían arrojado do la ciudad.

Upagupta se sentó a su vera. Hízola apoyar la cabeza sobre su pecho y la humedeció con agua los labios. Después cubrió con bálsamo el amoratado pecho. "¿Quién eres?", preguntó la mujer. Y Upagupta contestó

"Llegó la hora en que había de visitarte, y aquí me tienes contigo".

Pida mía, este amor nuestro nada tiene de juego.

¡Por la noche, cuántas veces el huracán se ha echado sobre mi lámpara extinguiéndola con su soplo terrible!

¡Las veces que las negras dudas se agolparon sobre mi cabeza e impidieron que contemplara las estrellas de mi cielo!

¡Cuántas veces, el diluvio y las aguas rompieron su riberas arrasaron mis cosechas! ¡Y mi desesperación, en un lamento, desgarró entonces mi cielo desde el norte al sur!

¡Vida mía! ¡El dolor golpea y

lacera este amor nuestro! ¡Qué  
esperanza! No es ni apático ni es frío  
como la muerte...

Por la grieta del muro penetra el tajo de luz.

¡Luz victoriosa! ¡Has atravesado el corazón de la noche!

¡Atraviesa, también, con tu espada refulgente, este mi laberinto de dudas y vanos anhelos!

¡Victoria! Acude, tú, Implacable, tú que tienes la más terrible de las blancuras.

¡Oh, luz! ¡Cómo redobla tu tambor marcial sobre el fuego! Tu roja antorcha se agita en lo alto y, en un esplendoroso concierto, da muerte a la muerte.

Para ti mi canto de victoria,  
hermano Fuego

Eres la imagen fulgurante de la  
medrosa libertad. Paseas por el cielo tus  
brazos múltiples y deslizas tus dedos  
por las cuerdas tensas del arpa. ¡Cuán  
hermosa es, hermano Fuego, la música  
de tu danza!

Cuando suene mi postrera hora y se  
abran a mi espíritu las puertas, serás tú  
quien convierta en cenizas esta traba de  
mis manos y mis pies. Mi cuerpo se  
confundirá contigo, Fuego. En tu  
frenético torbellino envolverás mi  
corazón. Y lo que tuvo de luciente ardor

mi vida, estallando, en un último destello, se confundirá con tu llamada redentora.

Vaga esta noche por el mar el marino, y el mar está enloquecido.

El mástil se lamenta, con el velamen inflado por el huracán. Envenenado de terror, el cielo ha sido devorado por las fauces de la noche. Las olas rompen sus cabezas contra los arrecifes de lo desconocido. Vaga el marino por el mar enloquecido...

¿Para qué ha ido al mar el marino? ¿Por qué espanta a la negra noche con la fúlgida blancura de su velamen? Ignoro dónde desembarcará; no sé si desembarcará; si llegará otra vez al hogar silencioso, donde ella le aguarda, a la



luz de la lámpara, sentada en tierra...

¿Qué busca el marino que arriesga su embarcación librándola a la tormenta y a las sombras? ¿Va cargada, acaso, de perlas y diamantes?

¡No, no! Sólo sé que el marino lleva una blanca rosa en la mano y que en sus labios florece una canción para aquella que lo aguarda, a la luz de la lámpara, sentada en tierra.

En la choza que está a la vera del sendero vive ella. Tiene suelta al viento su cabellera; y la cabellera, revuelta, le oculta los ojos.

En las resquebrajadas maderas de su puerta aúlla la tempestad. La luz de la lámpara alarga y encoge las sombras de los muros. Y ella, entre los bramidos del

vendaval, oye que la llaman por su nombre desconocido.

¿Cuánto dura el viaje del marino por mar? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que brille el alba y llame a la puerta de la choza de ella? Nadie lo sabrá. Tampoco redoblarán los alegres tambores. Pero la luz colmará la choza, y su suelo será bendito, y habrá alegría en los corazones.

¡Sí! Cuando pise la playa el marino, en silencio, se disiparán las dudas como sombras.

Aferrado estoy a mi pobre cuerpo, que es como tabla viva entregada a la correntada de mis años terrenales. Una vez que fine la travesía, lo abandonaré. ¿Entonces? ¿Será la misma luz? ¿Habrá la misma oscuridad?

La eterna libertad está en lo Ignoto, que es impío con sus amores y se complace en aplastar la perla muda dentro de su cárcel de sombras.

¡Corazón, corazón mío! No llores más, no pienses en los días que pasaron. ¡Regocíjate! otros días están por llegar. Pronto llegará tu hora, peregrino. ¡Es tiempo ya de que tomes por el nuevo

sendero!

Una vez más el velo caerá de su rostro y podrás contemplarlo con tus propios ojos....:

Sobre las sagradas reliquias de Buda, Nuestro Señor, erigió un blanco santuario el rey Bimbisar. Era todo de mármol y parecía una oración. Y al atardecer, todos los días, hasta él acudían las doncellas de la corte para depositar sus ofrendas.

Después, muerto Bimbisar y convertido su hijo en rey, borró con sangre la religión y alimentó el fuego de los sacrificios con los libros sagrados.

Iba cayendo la tarde otoñal la hora de la oración vespertina.

La doncella de la reina, la pequeña Shrimati, devota de Buda, nuestro señor,

se bañó en agua bendita, adornó con luces v flores frescas el altar, v luego, presentándose ante su señora, la miró silenciosamente con sus oscuros ojos,

La reina, estremecida, le reprochó: " ¿Acaso Ignoras, necia, que es voluntad del rey que todo aquel que adore a Buda sea condenado a muerte"?

La pequeña Shrimati se inclinó ante la reina y acudió a Amita, la esposa del hijo del rey. Estaba ésta trenzando su larga cabellera negra, ante un espejo de oro bruñido que sostenía en sus fallas, y se disponía a colocar en el nacimiento de la raya de su peinado el lunar rojo de la buena suerte.

Cuando vio a la doncellita, la apartó con sus manos temblorosas y le

reprochó: "¡Márchate! ¿Qué maleficio quieres traerme?"

La princesa Shukla, junto a su ventana, a la luz del poniente, leía un romance. Cuando vio llegar a la doncellita con las sagradas ofrendas, dejando caer el libro, la llamó y susurró al oído: "¡Qué atrevidas eres! ¿Por qué provocas así a la muerte?"

Shrimati, de puerta en puerta, continuó llamando: "¡Acudid, acudid, mujeres de la casa del rey, que ha llegado la hora de la oración de Buda, Nuestro Señor!"

Pero, unas le cerraron las puertas y otras la insultaron soezmente.

Ya casi no había luz en lo alto de la torre del palacio. Las sombras se

guarecían en las sombras de las calles. No hubo más movimiento en las calles de la ciudad. El gong del templo de Siva comenzó a llamar para las oraciones vespertinas. Y en el límpido lago del atardecer de aquella noche otoñal, comenzaron a palpitar las luciérnagas de las estrellas.

Los guardianes del parque del palacio vieron entonces, con sobresalto, que una hilera de lámparas ardía en el santuario de Buda. Y, desenvainando las espadas, acudieron, gritando: " ¿Quién eres, desventurado, que acudes en busca de la muerte?"

"Soy Shrimati", respondió una suave voz: " Soy la esclava de Buda, Nuestro Señor",



La sangre de su ardiente corazón  
tiñó de grana el mármol frío y blanco. Y  
con la última luciérnaga del cielo se  
extinguió la postrera lámpara del  
suntuario.

Por última vez este día que nos separa, nos saluda a los dos. La noche arroja su pesado velo y oculta la única lámpara que arde en mi alcoba.

Llega tu negra esclava y tiende el tapiz nupcial. Y tú, sola conmigo, hasta que muere la noche, en silencio, te sientas a mi lado.

La pesadumbre me ha servido de lecho, y los ojos parece que se me cayeran. Tengo el corazón de plomo, sin fuerzas aún para afrontar la atropellada alegría matinal.

¡Echa un velo sobre esta luz demasiado violenta y desnuda! ¡Aparta de mí tan crudo resplandor y esta vida que marea! Para que sólo me ampare la suave sombra de tu manto y preserve mi dolor de las arremetidas del mundo.

¡No podré retribuirlo a ella cuanto nos dio! Su noche tiene ya mañana, y en tus brazos tú te la llevas. ¡Toma, pues, estos presentes y este agradecimiento que eran para ella!

¡Perdón por todo cuanto pudo dañarla y ofenderla en mí! Toma y convierte en tus esclavas estas flores de mi amor, que no llegaron a florecer cuando ella aguardaba que florecieran.

En un cofrecito de ella, cuidadosamente conservadas, he encontrado unas cartas mías, juguetes de su recuerdo. Su corazón 'receloso las substrajo al atropellado curso de los días, y se dijo: "¡Estas sólo son para mí!"

¡Ah! Nadie las reclama ya. Nadie las cambia por su amor. Empero... ¡aquí están todavía! ¡Pero me consuela el saber que hay también amor en este mundo, un amor que la libre a ella del olvido, tal cual su amor salvó estas cartas con amoroso afán!

Lo mismo que cuando vivías, mujer amada, pon orden y belleza en mi vida desamparada.

Borra de mí las sombras polvorientas de las horas; colma mis vacías ti, najas; repara lo que está roto y abandonado.

Y una vez que todo esté como antes abre la puerta del santuario hogareño, enciende un cirio, y, en silencio, tornemos a encontrarnos ante Dios.

¡Maestro mío! ¡Qué dolor al afinarse los recuerdos!

Comienza de una vez tu melodía para que olvide mi dolor. ¡Permite revivir, en toda su hermosura, el pensamiento de aquellos despiadados días!

La noche, ya declinante, ha hecho alto ante mi morada. Que, cantando, se despida ante mí.

Vuelca tu corazón en las cuerdas de mi vida. ¡Maestro mío! Mézclalas con melodías arrebatadas a las estrellas.

He visto toda la inmensidad de tu creación en un relámpago. Tu creación entre millares de ruinas de un mundo, a otro.

El llanto de la indignidad llega a mis ojos cuando contemplo las horas fugaces entre mis manos. Mas, cuando las veo entre las tuyas, reconozco que mi existencia es harto preciosa para desperdiciarla en las sombras.



Llegará un día el, que el sol, poniéndose, me dé su postrer adiós.

Empero, indiferentes, los pastores harán resonar sus flautas bajo los árboles y las majadas pacerán en las barrancas del río. Y mis días serán ya oscuridad,

Solo pido que, antes de marcharme, la tierra me diga por qué me llama a su seno; por qué las estrellas me hablaron de silencio; por qué la luz besó mi frente haciendo florecer mis pensamientos.

¡Ah! Que, antes de marcharme, pueda retardar el final de mi última canción, hasta terminarla; que mi

lámpara tenga un postrer destello para  
contemplar tu rostro; que esté concluida  
ti guirnalda para coronarte.

¿Qué clase de música es ésta que al mundo mece?

Si la escuchamos en la cumbre de la vida, nos regocija; si se hunde en las sombras, nos sobrecoge de espanto.

Mas, iguales, van y vienen, luz y sombra, con la música inextinguible.

Cuando agarras, en tu puño cerrado, tu tesoro, te gritamos: "¡Ladrón!" Abre tu mano, ciérrala, lo uno o lo otro, a tu agrado, que lo mismo son pérdida o ganancia.

Juega contigo mismo, y a la vez, gana y pierde.

Con mis ojos, con mis labios, con todo mi ser he besado al mundo. Lo he atesorado celosamente en mi corazón. Con mis pensamientos, lo he colmado noche y día. Hasta que el mundo y mi vida, fundiéndose, han sido una misma cosa. De manera que, así como amo la luz del cielo que está fundida con mi corazón, también amo la vida.

Si el abandonar este mundo es tanta realidad como el amarlo, también tendrá un sentido separarse de la vida cual lo tiene el unirse a ella. Y si la muerte engañara este amor, el veneno del engaño lo secaría todo y hasta las

estrellas se volverían negras.

La nube, me dijo: "Me marchó". La noche, anunció: "Me arrojaré en la hoguera de la aurora".

El dolor, me previno: "Yo, cual la huella de tus plantas, permaneceré en silencio".

"Yo me muero llena", dijo la vida. La tierra: "Mis luces se reflejan en cada uno de tus pensamientos".

El amor: "Pasan los días, pero yo te aguardo". La muerte: "Yo voy remando, en tu bote, por el mar".

El poeta Tulsidas, pensativo y solitario, vagaba por la triste ribera del Ganges donde se incineran los muertos, cuando encontró una mujer, vestida alegremente, como para una boda, sentada a los pies del cadáver de su esposo.

Al verle llegar, se incorporó y, saludándole, le rogó: "Maestro, dame tu bendición, que quiero marcharme al cielo con mi marido".

El poeta le repuso: "Rija mía, ¿qué risa tienes? ¿Acaso esta tierra no es también de aquel que hizo el cielo?"

—El cielo no me importa", alegó

ella; lo que quiero es mi marido". Entonces Tulsidas, sonriente, le ordenó: "Vete a tu casa, mujer; que antes de terminar este mes, ya lo encontrarás". Y, esperanzada, la viuda retornó al hogar.

Todos los días, Tulsidas iba a verla hablando a la mujer de cosas bellas, colmó el corazón de divino amor. De manera que, una vez que transcurrió el mes, al preguntarle los vecinos si había encontrado marido, ella respondía, sonriendo: "Sí".

Entonces quisieron conocerlo, e, impacientes, preguntáronle: " ¿Dónde está?"

"Aquí, en mi corazón", fue la respuesta de ella."



Sólo viniste por un instante y sentí en tu contacto el misterio de la mujer que palpita en el corazón del universo; aquella que restituye constantemente a Dios su raudal de dulzura; la siempre eterna y lozana belleza juvenil que brinca en los arroyos borboteantes, la que canta a la luz de la alborada, la que vuelca oleadas sobre la sedienta tierra; esa misma en la cual el Eterno se divide en dos: en la alegría incontenible, y en el dolor que el amor derrama.

La senté en el carro triunfal para pasearla por la tierra- Millares de corazones, rendidos, se postraron a su

paso. Las aclamaciones colmaron los cielos... El orgullo lució un instante en sus ojos; pero lo borraron las lágrimas. Y con pena me dijo: "En la victoria tampoco está mi regocijo".

Entonces, la interrogué: "¿Qué quieres?" Su respuesta fue: "Aguardo a uno cuyo nombre ignoro". Después calló.

Y transcurren los días y no se escucha sino sus doloridas preguntas: ¿Cuándo vendrá el desconocido amado? ¿Cuándo lo conoceré? ¿Cuándo quedará?

Tuya es la luz que surge de las tinieblas.

Tuyo es el bien que mana del corazón hendido en la lucha.

Tuyo es el hogar que abre al mundo sus puertas.

Tuyo el amor que impulsa a la batalla. Tuyo es el don que -e convierte en ganancia cuando todo es pérdida.

Tuya la vida que nace en las cavernas de la muerte.

¡Y tuyo es el cielo que yace en el lodo de cada día, y en el que estás para mí y para todos!

Cuando el camino me fatiga y me tortura la sed del día ardiente; cuando entristecen mi vida el aspecto del crepúsculo. Amado mío, no te suplico que me hables, sino que sólo me toques con tu mano.

Los tesoros que no te di agobian aún más mi corazón. Saca de la noche tu mano, déjame tenerla entre las mías, colmarla y guardarla. ¡Deja que la simia en el vacío cada vez más grande de mi corazón!

En el capullo, el perfume suspira: "¡Ay! Huye la primavera y yo estoy aún encerrada entre estas hojas.

“¡Aguarda, perfume, aguarda! Estallará tú cárcel, será flor tu capullo; y, muerto en lo mejor de tu vida, seguirás viviendo la eterna primavera”.

Ahogándose, dentro del capullo, el perfume suspira: "¡Ay! ¡Pasan las horas y ya no sé lo que anhelo ni, dónde iré!"

"¡Aguarda, sutil perfume! La brisa primaveral ya te ha escuchado... Antes de que muera el día, conocerás tu deseo".

Desesperado, clama el perfume

contra su incierto porvenir: "¡Ay! ¿Quién me ha dado esta vida sin motivo? ¿Quién me dirá lo qué seré?"

"Aguarda, desdichado perfume... Ya llega la aurora. Tu vida se confundirá con la vida toda, y has de conocer, al fin para qué has nacido.

Es una niña, señor... Corretea y juega por tu palacio, y, en su inocencia, creo que también tú eres un juguete. No se cuida en despeinarse ni que sus vestidos queden sucios.

Si le hablas, duérmese sin contestar y pierde las flores que le regalas por la mañana. Al estallar la tormenta, luego, de cubrirse el cielo de negros nubarrones, abandona sus muñecas y acude a ti, temblorosa, aferrándose de

tus vestidos.

No te tiene confianza. Empero, tú la miras sonriendo mientras juega, y sabes, que la criatura de hoy será un día tu prometida.

Será entonces cuando su juego se liará menos bullicioso, tornándose más profundo hasta convertirse en amor.

" ¡Señor Sol! ¡Únicamente el cielo puede ser el reflejo en que tú te reflejas!". Tal suspiró la gota de rocío. "Siempre sueño contigo. Mas, ¿qué puedo esperar? ¡Soy tan pequeña para contenerte en mí! "

Luego echó a llorar, desconsolada.

Y el Sol le contestó: "Verdad es que yo colmo el cielo infinito. Pero, también lo es que puedes contenerme, íntegro, dentro de tu pequeñez, gotita de rocío, Me convertiré en una chispa para llenarte. Y tu diminuta existencia se convertirá en un mundo de sonrisas".



No quiero más amor de ese que es incapaz de contenerse y como el vino espumoso desborda de su vaso, volcándose y perdiéndose sin objeto.

Que tu amor sea puro y fresco como la lluvia mañanera, que es bendición para la tierra sedienta y hace desbordar, las tinajas del hogar.

Que tu amor penetre hasta el fondo, calándola, a la vida. Que se derrame cual invisible savia, prolongándose por las ramas del árbol de la vida, haciendo brotar las flores y los frutos.

¡Dame, dame de, ese amor tranquilo y fuerte, que penetra en el

corazón y lo, satura de paz!

El sol se había ocultado en la maraña de la selva, por encuna del río. Los niños de la ermita estaban de regreso con los rebaños, y, alrededor del hogar, escuchaban a Gautama, el maestro. En eso, llegó un pequeño desconocido, cargando una brazada de flores y frutos, y le saludó, haciendo una profunda reverencia a la vez que, con voz alada, decía: "Maestro Gautama, vengo para que me guíes por el sendero de la ver- dad. Mi nombre. Mi nombre es Satiakama".

"¡Bendita seas!", dijo Gautama, y, luego le preguntó: " ¿De qué casta eres,

hijo mío? Bien sabes que únicamente un bramín puede aspirar a la sabiduría suprema... ".

"Lo ignoro, maestro... Pero he de preguntarlo a mi madre".

Satiakama se despidió, y cruzando el río por el vado, regresó a la choza materna que se hallaba más allá de la aldea dormida, en la extremidad de un arenal.

La madre lo aguardaba en pie, y su silueta se recortaba en sombra ante la puerta de la habitación débilmente iluminada.

Cuando llegó, lo estrechó contra su cuerpo, y, besándole en la frente, le preguntó qué le había dicho el Maestro Gautama.

El niño preguntó: " ¿Qué nombre tiene mi padre?... Porque el Gautama dice que sólo un bramín tiene derecho a la suprema sabiduría".

Bajando humildemente los párpado con dulzura, la madre repuso: "Cuando joven, hijo mío, yo era muy pobre y tus muchos amos, únicamente puedo decir te que llegaste al mundo en los brazo de Jabala, tu madre, que no tuvo marido..."

Los rayos del sol matinal ardían y en la copa de los árboles de la ermita Los niños, recién salidos de la ablución, de la mañana, tenían mojadas las revueltas cabelleras. Y, bajo un árbol frondoso, estaban sentados alrededor, del Maestro.

Al llegar, Satiakama hízole una pro

funda reverencia, y, silencioso, permaneció en pie.

” ¿Sabes a qué casta perteneces?” le preguntó el Maestro.

Satiakama respondió: " Señor, lo ignoro. Mi madre me ha dicho: "Yo era pobre y tuve muchos amos... Tú llegas te al mundo en los brazos de Jabala, tu madre, que no tuvo marido"...

Fue entonces, cuando, bajo la ramazón el árbol, se escuchó un rumor iracundo como de abejas hostigadas en la colme. a. Eran los estudiantes que, entre dientes, censuraban la osadía del niño sin madre,

Mas Gautama, el Maestro, incorporándose, tomó al niño y lo estrechó contra su pecho, a la vez que le

decía: "Satiakama, hijo mío, tú eres el mejor de los bramines, puesto que has recibido la mejor de las herencias, la de la verdad.

¿Existirá en esta ciudad un hogar cuyas puertas, en esta mañana, se hayan abierto para siempre dando entrada al sol de la aurora portador del mensaje de la luz?

Flores recién abiertas en los jardines y en los prados, ¿habrá algún corazón que, en esta mañana, haya, recibido de vosotras el don llegado de la eternidad?



Escucha, corazón, la flauta de mi amigo. En ella está la música del aroma de las flores silvestres, de las hojas relucientes, del agua cristalina, de los rincones umbríos donde zumban las abejas laboriosas.

Esta flauta le arrebató de los labios su sonrisa y la vuelca sobre mi vida.

En la otra ribera del río de mis canciones. ¡Siempre estás solo! Mis melodías sólo alcanzan a las plantas de tus pies. No sé cómo alcanzarlos... ¡Sólo desde lejos me está permitido jugar contigo!

La melancolía de la distancia dilúyese en las melodías de mi flauta. ¿Cuándo llegará tu barca hasta mi orilla? ¿Cuándo tomarás mis melodías entre tus manos?

Repentinamente, el vientecillo de la madrugada abrió aquella ventana de mi corazón que mira hacia el tuyo. Entonces vi, maravillado, que el nombre que tú me das estaba escrito con flores p hojas abrileñas, Y, en silencio, continué sentado.

El viento arrebató la cortina que se paraba mis canciones de las tuyas. De pronto vi que la luz matinal resplandecía en mis canciones no cantadas. Y pensando que las aprendería a tus pies, seguí sentado, en silencio.

Tú estabas en medio de mi corazón. Vivías de mis amores, de mis esperanzas. Hasta el fin te ocultaste, y, por eso, mi pobre corazón, ignorante, no podía hallarte.

Eres la alegría más profunda de mi corazón. Embriagado por los juegos, yo corría sin percatarme de ella. Me cantabas las delicias de la vida... ¡Y yo me olvidaba de cantarte a ti!

Al encender tu lámpara en el cielo,  
te quedas en la sombra y me iluminas a  
mí.

Cuando enciendo la lámpara del  
amor en tu corazón, para ti es la luz,  
para mí la sombra.

¡Olas! ¡Olas invadiendo el cielo!  
¡Olas! ¡Que avanzáis relucientes de  
vida! ¡Olas arremolinadas de gozo!  
¡Olas que os precipitáis sin cesar una en  
pos de la otra!

En vosotras, olas, reflejándose, se  
mecer, las estrellas. De las  
profundidades arrancáis pensamientos  
de múltiples colores y los arrojáis,  
desparramándolos sobre las playas de la  
vida. Vuestro ritmo, vida y muerte, llega  
y se marcha, sube y baja. Y hacia  
vosotras, olas, la gaviota de mi corazón  
tiende las alas alborozada.

El mundo hecho alegría acudió hacia mí para formar mi cuerpo.

Me besaron las estrellas, me besaron tanto hasta que desperté. Las flores de los fugitivos estíos aspiraron perfume en mi boca. Los vientos y los mares cantaron en mis ademanes. Nubes y frondas, fluyendo en apasionadas mareas de colores, penetraron en mi vida. Y la música universal acariciándome terminó por darme forma.

Mi cuerpo es mi amor p ha dado luz a su lámpara en mi hogar.

Con sus frondas, con sus flores, ha penetrado en mi cuerpo la primavera. Durante toda la mañana, las abejas han zumbado alrededor mío. Y los vientos ociosos juegan incesantes con mis sombras.

Del corazón de mi corazón mana una dulce fuente. La dicha humedece mis ojos cual rocío de la mañana. Y, como la cuerda del laúd, vibra la vida en todo mi ser.

Dime, amor de mis días sin fin, vagabundo solitario de las costas de la vida, ¿acaso, no revolotean en torno de ti las multicolores mariposillas de mis



sueño? Este eco de mis profundas cavernas, ¿no es, también, el de tus canciones?

¿Quién, si no tú, escuchará este manajo de las horas que palpita en tus venas? ¿Y este bailar de alegres pies en mi corazón? ¿Y este palpitar de vida inquieta en mi cuerpo rejuvenecido?

Rotas están mis ligaduras, pagadas mis deudas, abiertas de par en par mis puertas,... ¡Al fin!... ¡Ante mí se abren todos los caminos!

En cambio, arrinconados, ellos siguen con el tejido del pálido lienzo de sus horas. O vuelven a sentarse en el polvo para contar sus monedas. Y me imploran para que no me marche.

Mas, ya está forjada mi espada, yo visto mi armadura, ya está impaciente mi corcel. ¡Y ganaré mi reino!

Desnudo y desconocido, Señor, llegué a tu tierra sin aliento. Hoy mi voz es alegría. Y tú, Señor, haciéndote a un lado, como si fuera poco, para colmo de mi dicha, me haces un sitio.

Hasta cuando fe ofrendo mis canciones recelo que los hombres llegarán hasta mí y me adorarán por ellas. ¡Cuánto te place, Señor, saber que estoy loco de amor por este mundo adonde me has traído!

Tímidamente, antes me inclinaba ante la sombra de lo seguro. Ahora, cuando la marea de la alegría me levanta sobre sus crestas, mi corazón se agarra a las rocas ásperas del dolor.

Antes, resignado y solitario, me arrinconaba en la parte más sombría de mi casa, porque la consideraba indigna de albergar a cualquiera que llegaba. Ahora, abiertas sus puertas de par en par por la Alegría impetuosa, reconozco que en mi hogar hay sitio para Ti y para todos cuantos llegan.

Antaño, receloso, remilgado, andaba en puntillas. Hoy, luego que el

torbellino de la alegría me echó por tierra, río a carcajadas, y a tus pies, como un niño, me revuelco en el polvo.

El mundo, íntegro, por siempre, es para ti. Pero, como tú, Señor, nada necesitas, no le tomas gusto a tus riquezas. ¡Es como si no las tuvieras!

Por eso, día a día, me vas dando cuanto posees; por eco, día a día conquistas tu reino dentro de mí.

Día tras día compras a mi corazón la Aurora; y de tal modo ves tu amor esculpido en la estatua de mi vida.

Un día entregaste tus canciones a los pájaros y ellos te las devolvieron convertidas en cánticos. A mí sólo me diste voz y, como me pidieras más, yo te canté.

Hiciste leves los vientos y tus vientos son ligeros en servirte. A mí me hiciste pesado de manos y yo mimo para servirte la impalpable libertad, tuve que aligerarlas.

Llenaste tu tierra con chispazos luminosos y quedaste en ellas. A mí me quedó sólo el polvo y la nada entre, las manos para forjar tu cielo.

A. todos les das; a mí, me pides.

De esta manera, el sol y la lluvia han madurado mi existencia solitaria. Recojo más de lo que tú sembraste, y todavía, Señor del granero de oro, me permito alegrar tu corazón.



No quiero estar libre de peligros; sólo quiero valor para afrontarlos.

No quiero que concluyas mis dolores; sino que mi corazón sepa sobrellevarlos.

No busco camaradas para el campo de batalla; quiero sólo mis fuerzas para luchar.

No anhelo, temeroso, ser salvado; quiero, sí, mi libertad conquistada con paciencia.

¡No seré tan cobarde, Señor, como para querer el triunfo gracias a tu misericordia! ¡Quiero tu mano apretada en mi fracaso!

Vivías solitario, y no te conocías. Nadie te llamaba. Jamás el viento, de una a otra orilla, te llevaba su mensaje.

Yo llegué, despertaste, y los cielos florecieron en luz. Me obligaste a abrir en millares de flores; me meciste en las cunas de infinitas formas; me ocultaste en la muerte y me recobraste en la vida.

Yo llegué. Tu corazón se dilató. Conociste la alegría y el dolor. Me tocaste, y vibraste hasta enamorarte de mí.

Mas la vergüenza nubla mis ojos y mi rostro está velado. Mi pecho palpita de temor y lloro al no poderte ver.

Empero, bien conozco la sed de tu corazón por verme; tu sed infinita que llama cada aurora, a mi puerta, desesperadamente.

En tu eterno desvelo, yo sé que escuchas mis pasos cuando llegan. Y tu regocijo se sume en el alba y, por fin, estalla en una floración de luz.

Cuanto más me aproximo a ti más intenso es el hervor de las olas del mar.

Tu mundo es una floración de luz que se derrama, colmándote las manos. Mas tu cielo, oculto está en mi corazón, y, sólo muy tímidamente va abriendo sus capullos de amor.

*I*

Tengo la sensación de que todas las estrellas brillan en mí. Como si un dique se hubiera roto, irrumpe en mí la vida. Las flores abrense en mi cuerpo: Revienta en mi corazón y humea como incienso, la juventud del mar y de la tierra. Y el aliento de las cosas todas hace sonar las maravillosas flautas de mis pensamientos.

*II*

El mundo se duerme y llego a tu puerta. Están mudas las estrellas y tengo miedo de cantar, Vigilante permanezco en mi ventana en la noche, esperando el paso de tu sombra. Y entonces mi corazón queda colmado.

Al amanecer salgo al camino y mi pongo a cantar. Me escucha el aire, las flores me contestan y los caminantes se detienen, mirándome a la cara, como si los hubiera llamado por sus nombres.

### III

Oblíganme a esperar ante tu puerta siempre tus deseos. Permíteme vagar; por tu reino atento a tu llamada. No permitas que me hunda en el seno de la

languidez ni que mi vida derrochadora se desgaste y se convierta en harapos.

¡No permitas que de mí se apodere la duda, ni que enturbie mi vida el polvo de la distracción! ¡No dejes que me disperse por los caminos acicateado por los locos afanes! ¡Ni que mi corazón agobien implacables yugos! ¡Haz, Señor, que mi cabeza se levante con el valor y, el orgullo de servirte!





# LOS MARINEROS

Se escuchan, a lo lejos, las voces tumultuosas de la muerte; entre oleadas de fuego y emponzoñadas nubes, las órdenes e imprecaciones del capitán al timonel para que enfile la nave hacia la grilla innominada.

Y es que han pasado ya los días de estancamiento en el fangoso puerto, donde la misma mercancía envejecida y manida, se compra y se vende sin cesar; donde, vacías de pesar, pasan, a la deriva, las cosas que fueron.

Despiertan, asustados, los marineros e inquietan: "Compañeros; ¿qué hora es? ¿Ha llegado ya la

Aurora?" Mientras, las nubes van ocultando las estrellas y nadie, todavía, puede vislumbrar la llamada del día.

Las camas quedan varias. Corren con los remos al hombro. En el hogar, de pie, ante la puerta, queda una mujer con el lamento de la despedida quebrado en la garganta y la mirada perdida en el cielo. Y se escucha, aun en la oscuridad, la voz del Capitán, ordenando "¡Vamos, vamos, marineros! Que ya se han concluido las jornadas de puerta".

Se han desbordado de sus cauces los males del mundo. Pero, vosotros, marineros, volved a vuestros puestos. Lleváis la bendición del dolor en vuestras almas. No es de nadie la culpa,

hermanos. Humillad vuestras frentes, pues el pecado es de todos, vuestro y nuestro.

Desde hace siglos, el corazón de Dios venía consumiéndose por la cobardía de los débiles, y la arrogancia de los poderosos, y la avaricia de los ricos, y el rencor de los ofendidos, y el orgullo de las razas, y los insultos al hombre. Y bondad divina.

¡Que la tormenta parta su corazón en mil pedazos, cual vaina de maduro fruto, y se desgrane en interminables truenos! Cese, por fin, la voz de los condenados lo mismo que nuestras alabanzas. Y, serenamente, con la oración nueva en vuestras frentes, navegad hasta la playa que no tiene

nombre, marineros...

Como nubes, por encima del mundo, burlándose de nosotros, pasajeros con carcajadas de relámpago, van el pecado, la muerte, el mal, que hemos padecido y soportado cada día. Hasta que, de pronto se paran trocándose en prodigio.

Acudid hombres y exclamad: "No tenemos tu poder, monstruo, pues caria día te hemos arrebatado nuestra vida disputándotela, hasta morir con la convicción de que la verdad está en la Paz, en el Sien y en la Eternidad.

Si la Inmortalidad no reside en el corazón de la muerte, ni florece en la alegre sabiduría, ni rompe la cárcel del dolor; si el pecado no sucumbe a su

propia revelación, si el orgullo no lo aplasta la plúmbea carga de los hombres, ¿de dónde procede la esperanza que acicatea a estos hombres, arrojándolos de sus hogares como estrellas que, al amanecer, se precipitaran en el vacío de luz?

El llanto de las madres, la sangre de los mártires, ¿se perderán, estériles, en el polvo de la tierra? ¿no servirán de nada, para llegar al cielo? Y, una vez que el hombre ha transpuesto los límites de la vida, ¿no debe acaso, aparecérsele lo Infinito?



# EL CANTO DE LOS VENCIDOS

    Mi Señor me ha ordenado que, mientras esté yo al borde del camino, entone la canción de la derrota, la amada, predilecta suya.

    Ella ha cubierto su rostro con el oscuro velo; pero, sobre su pecho, deja brillar su joya. Es la eterna abandonada durante el día; pero, en la noche, Dios la aguarda con sus lámparas encendidas y sus flores húmedas de rocío.

    Permanece en silencio, con las pupilas dormidas. Abandonó su hogar y de él trae el viento su lamento. Mas las

estrellas le cantan la melodía del eterno amor y su rostro deja ver la huella de la vergüenza y el dolor.

Se ha abierto la puerta de la alcoba Solitaria. Alguien ha llamado... Y el corazón palpita apresuradamente, sobrecogido porque ha llegado la hora de la esterada visita.





# ACCION DE GRACIAS

Denle las gracias con regocijo, Señor, aquellos que vagan por los caminos del orgullo, aplastando la humildad de la vida con sus sandalias, ensangrentando con sus huellas el verde suave y tierno de la tierra... ¡Ha llegado el día!

Yo en cambio te las doy porque he permanecido con los humildes que sufren el peso del poderío y ocultan sus rostros y sofocan sus sollozos en las tinieblas. Porque cada latido de nuestro dolor ha repercutido en la secreta profundidad nocturna, y cada insulto y cada ofensa se ha perdido en la

inmensidad sin eco de tu silencio. ¡El día de mañana es nuestro!

¡Levántale, sol! Ilumina los corazones ensangrentados que, como corolas se han abierto esta mañana sobre las cenizas que dejó el orgullo luego del festín alumbrado por las extinguidas antorchas.

Solo, entre las sombras silenciosas de mis pensamientos, pronunciaré tu nombre... Lo diré sin palabras, locamente, como niño que mil veces clama por En madre, satisfecho con sólo poder exclamar: ¡Madre!

**FIN**